

mantiene el ensayo poético en el país. Szmulewicz conjuga esta existencia de especie original con los pliegues escriturales del poema mismo. Configura una conexión íntima entre una realidad originada o gratuita, como es la vida, con esa otra realidad creada por el ser poético que pretende desmitificar a la primera.

Estos acercamientos recogidos por Szmulewicz es lo que nos llama más la atención en su obra. No podemos dejar en un claroscuro el acierto de este intento que, sólo por sondear el hecho, lo convierte en un acto afortunado. El escritor traza con mano firme lo que Carril distingue entre "los sentimientos y su suscitación" cuando une las vivencias de Parra con las propiedades argumentales de su poesía. Descubrir estos litigios envolventes, en los cuales las palabras y los sentimientos se desenfadan para descifrar las sombras en la radicalidad de su unión, son otros tantos motivos que Szmulewicz maneja muy diestro.

Otro de los aportes del libro es la preocupación del autor por llegar hasta los recintos secretos de los antipoemas para mostrar su materia privada, verlos subjetiva y objetivamente, con sabor crítico. Así, en medio de los acontecimientos de la vida del poeta, Szmulewicz introduce juicios con índole de desciframiento estético, no sólo apropiados sino válidos. Por ello la obra, junto con contarnos la vida de Parra, nos explica lo que la antipoesía contiene. El biógrafo quiere abarcar lo que abarca el poeta, ir a su lado observando no sólo lo que le sucede sino ser, además, un intérprete de sus sueños. Y cómo la poesía de Parra, o el arte de Parra está concebido o desea participarnos de una realidad superior que únicamente se encuentra en el hombre mismo, el celebrante que es Szmulewicz realiza, por ende, claras exploraciones en torno al problema poético que Parra nos ha echado encima desde 1950.

Porque, al igual a lo que dice Gaudy sobre Kafka, el poeta ve el arte como una forma que debe violentar o echar abajo los síntomas de la vida rutinaria sin perderse en ella.

Es que él sabe que la poesía ha de estar dentro del fuego, pero sin quemarse.

ANTONIO CAMPAÑA

<https://doi.org/10.29393/At458-28COAV10028>

CONVERGENCIAS

De Jorge Ignacio Covarrubias

Papeles del Andalicán - Cuadernos del Sur, 1986. Concepción, Chile.

Dos editoriales chilenas —Ediciones del Sur y Ediciones del Maitén— inician un esfuerzo editorial conjunto y publican bajo el nombre de Papeles del Andalicán - Cuadernos del Sur, la obra *Convergencias*, del periodista argentino Jorge Ignacio Covarrubias.

Se trata de una colección de veinticuatro relatos breves, escritos en una prosa directa, sin dilaciones ni recovecos expresivos, que sin duda es el resultado de la lectura metódica y la práctica periodística.

Cuando Gabriel García Márquez dio a luz *Cien años de soledad*, se habló de su deuda a Borges y a Cortázar, quizás para definir de algún modo una obra distinta dentro de un contexto literario conocido, tal vez para cuestionar su originalidad. Los relatos de Jorge Covarrubias también siguen muy de cerca el estilo de las ficciones borgeanas y en más de una oportunidad emergen como fuente indiscutible, pero tampoco están ausentes los clásicos grecolatinos, los libros sagrados, las filosofías orientales y teorías científicas, además de reminiscencias cortasianas —y por qué no cartesianas— y del mexicano Arreola.

Hay escritores que desechan toda definición o caracterización a priori propuesta desde el título de la obra. A otros no les preocupa ese pre-juicio y, por el contrario, deciden sorprender al lector y ponen las cartas sobre la mesa, escondiendo, claro, un as entre la manga: el título afortunado. Este es el caso de *Convergencias*, sintetizado estéticamente en el relato que ocupa —¿por casualidad?— el centro de la colección, y que remite a la coincidencia de todos los tiempos y espacios en un tiempo y un espacio determinados; el presente rehace el pasado, la historia se repite por relación analógica. Simeón García, el protagonista del relato *Convergencias*, comparte su destino con Jesucristo y con Buda desde una estancia bonaerense y a fines del primer cuarto del siglo xx.

Pero si bien la posición estética del autor se resume en *Convergencias*, es en *Vector* donde deviene arte poética. La Real Academia, en su *Diccionario de la lengua española*, define al vector como "la línea recta tirada en una curva desde un foco, o desde uno de sus focos, a cualquier punto de la curva misma". De la geometría y la física, este concepto nos remite, sin nombrarla, a la filosofía Zen, y la convierte en propuesta literaria. El conocimiento —y el quehacer literario— como sugiere Covarrubias, es una iluminación. Como el arquero que apunta su flecha al blanco, guiado no por la vista, sentido engañoso, sino por un "imperativo que justifica su existencia", la palabra y la idea existen en cuanto unidad indisoluble impulsada hacia su objetivo, "su existencia es ese trayecto". El vector —¿la palabra poética?—, "con determinación arrolladora supera obstáculos sin que una sola vacilación altere su velocidad".

En todos los relatos, desde los más breves, que se presentan como disquisiciones estéticas suscitadas por ideas filosóficas, científicas, religiosas, literarias o aportes de los medios de información (*Un presente troyano*, *Laberinto*, *Versículo 35*, *Cínico*, *Faetón*, etc.) a los que ofrecen una estructura narrativa de cuento fantástico (*En la estación*, *Intérprete*, *Función*, *El mensaje de un millón de años*, etc.), destacan la precisión del lenguaje y el estilo objetivo e imparcial. El narrador es una voz distanciada del objeto, omnisciente pese a sus ocasionales cambios de persona —1ª, 2ª, 3ª definida y 3ª impersonal, etc.—, como si quisiera eludir todo compromiso. La mayoría de los textos organizan una serie de conjeturas que desmienten y anulan las leyes científicas y conforman un engañoso laberinto (*Laberinto*, *El Faro*, etc.). *Cínico*, relato brevísimo, directo, apodíctico, desenfadado y juguetón, parecería romper el equilibrio de la colección con un brusco cambio de tono que, quizás dentro de un contexto similar, resultaría menos disonante. En todo caso se abre como posibilidad de un estilo diferente, humorístico, si se quiere.

En síntesis, *Convergencias*, de Jorge Ignacio Covarrubias, se ofrece al lector como primer intento literario maduro, y es de esperar, parafraseando su interpretación de la nueva Caperucita, que la crítica devore ávidamente sus relatos, pero sólo los devuelva después de haberles hincado más de un diente.

ALICIA VALERO COVARRUBIAS

Hofstra University

ESCENAS DE PEEP-SHOW

De Federico Schopf

Ediciones Manieristas. Santiago, 1985.

Escenas de Peep-Show: extraño título para iniciar el coloquio fragmentado de un hombre contemporáneo ante la visión de los antiguos templos y los aún más antiguos sepulcros anónimos, maravilla dolorosa de un americano enfrentado a esas ruinas mitológicas en que el poeta empieza a encontrarse a sí mismo, a través del proceso de una lenta e implacable metamorfosis de deterioro. Su voz germinal encuentra eco en las voces ya casi olvidadas de poetas latinos anteriores a la era cristiana o quizás, avanzando en el tiempo, en la trágica aridez histórica de Constantino Kavafis. El mágico aire del mito se encadena a la rotura de la piedra que pudo ser columna o dios pagano.

Si la última auténtica renovación poética en Chile fue, para bien o para mal, el advenimiento de la antipoesía, iniciada y concluida por Nicanor Parra en sus antipoesmas: terribles espejos que reflejaban una época de transición con todas sus anomalías y vicios, construcción de un puente poético entre el creciente extrañamiento social y los museos invisibles de un pasado adornado con reliquias profanadas; luego de esta positiva experiencia para la poesía chilena, ya no parecía restar espacio para una renovación: a los nuevos poetas tan sólo les quedaba el intento de poblar dignamente algunos espacios vacíos, lograr unir la lírica, a veces demasiado intimista, con la épica apocalíptica del hombre enfrentado al desamparo existencial de su tiempo histórico. Había que lograr una temperatura universalista, injertando brotes nuevos al poderoso árbol indígena, ya demasiado mutilado por las hachas de pretendidas renovaciones.

Escenas de Peep-Show logra seria y acertadamente fortalecer con brotes nuevos, fruto del talento y del vario conocimiento, la rama más mutilada de este viejo árbol sagrado. Al poeta sólo le bastan dos poemas —claves en su obra—, "Meditación sobre Roma" y "Los templos de Agrigento" para que, sin pretensiones renovadoras, sitúe su nombre entre los más señeros poetas contemporáneos de Chile. Con maestría logra poblar esos espacios vacíos, por lo cual creemos que esta obra era necesaria en la poesía chilena, donde muchos son los libros sin trascendencia que se publican. En este breve estudio, nos interesa, por ello, analizar en su significado y en su estética estos dos bellos poemas de Federico Schopf.

En "Meditación sobre Roma", el poeta abre su canto al modo clásico de los antiguos